

del hogar y se incorpora un poco, a la entrada de su amo, gimiendo suavemente para saludarlo, un perro tiene más memoria que yo: reconoce a su amo. Su amo. ¿Y qué es lo mío?

EL PEDAGOGO. — ¿Dónde dejáis la cultura, señor? Vuestra cultura os pertenece, y os la he compuesto con amor, como un ramillete, ajustando los frutos de mi sabiduría y los tesoros de mi experiencia. ¿No os hice leer temprano todos los libros, para familiarizaros con la diversidad de las opiniones humanas, y recorrer cien Estados, demostrándoos en cada circunstancia cuán variables son las costumbres de los hombres? Ahora sois joven, rico y hermoso, prudente como un anciano, libre de todas las servidumbres y de todas las creencias, sin familia, sin patria, sin religión, sin oficio, libre de todos los compromisos y sabedor de que no hay que comprometerse nunca; en fin, un hombre superior, capaz además de enseñar filosofía o arquitectura en una gran ciudad universitaria, ¡y os quejáis!

ORESTES. — No, hombre, no me quejo. No puedo quejarme: me has dejado la libertad de esos hilos que el viento arranca a las telas de araña y que flotan a diez pies del suelo; no peso más que un hilo y vivo en el aire. Sé que es una suerte y la aprecio como conviene. (Pausa.) Hay hombres que nacen comprometidos: no tienen la facultad de elegir; han sido arrojados a un camino; al final del camino los espera un acto, su acto; van, y sus pies desnudos oprimen fuertemente la tierra y se desuellan en los guijarros. ¿Te parece vulgar la alegría de ir a *alguna parte*? Hay otros, silenciosos, que sienten en el fondo del corazón el peso de imágenes confusas y terrenas; su vida ha cambiado porque un día de su infancia, a los cinco, a los siete años... Está bien: no son hombres superiores. Yo sabía ya, a los siete años, que estaba exiliado; dejaba deslizar a lo largo de mi cuerpo, dejaba caer a mi alrededor los olores y los sonidos, el ruido de la lluvia en los techos, los temblores de la luz; sabía que pertenecían a los demás, y que nunca podría convertirlos en mis recuerdos. Porque los recuerdos son manjares succulentos para los que poseen las casas, los animales, los criados y los campos. Pero yo... Yo soy libre, gracias a Dios. ¡Ah, qué libre soy! ¡Y qué soberbia ausencia mi alma! (Se acerca al palacio.)

Hubiera vivido ahí. No habría leído ninguno de tus libros y quizá no hubiera sabido leer; es raro que un príncipe sepa leer. Pero por esa puerta hubiera entrado y salido diez mil veces. De niño habría jugado con sus hojas, me hubiera apoyado en ellas, hubieran crujido sin ceder y mis brazos habrían conocido su resistencia. Más tarde las hubiera empujado, de noche, a escondidas, para ir en busca de mujeres. Y más tarde aún, al llegar a la mayoría de edad, los esclavos habrían abierto la puerta de par en par y hubiera franqueado el umbral a caballo. Mi vieja puerta de madera. Sabría encontrar, a ojos cerrados, tu cerradura. Y ese raspón, ahí abajo, quizá te lo hubiera hecho yo, por torpeza, el primer día que me hubieran confiado una lanza. (Se aparta.) Estilo dórico menor, ¿no es cierto? ¿Y qué dices de las incrustaciones de oro? Las he visto semejantes en Dodona; es un hermoso trabajo. Vamos, te daré el gusto; no es *mi* palacio ni *mi* puerta. Y no tenemos nada que hacer aquí.

EL PEDAGOGO. — Ahora sois razonable. ¿Qué hubierais ganado viviendo aquí? Vuestra alma, a esta hora, estaría aterrorizada por un abyecto arrepentimiento.

ORESTES (con brusquedad). — Por lo menos sería mío. Y este calor que me chamusca el pelo sería mío. Mío el zumbido de estas moscas. A esta hora, desnudo en una habitación oscura del palacio, observaría por la hendedura de un postigo el color rojo de la luz, esperaría que el sol declinara, y que subiera del suelo, como un olor, la sombra fresca de un crepúsculo de Argos, semejante a otros cien mil y siempre nuevo, la sombra de un crepúsculo mío. Vámonos, pedagogo; ¿no comprendes que estamos a punto de pudrirnos en el calor ajeno?

EL PEDAGOGO. — Ah, señor, cómo me tranquilizáis. Estos últimos meses —para ser exacto, desde que os revelé vuestro nacimiento— os veía cambiar día a día, y ya no lograba dormir. Temía...

ORESTES. — ¿Qué?

EL PEDAGOGO. — Vais a enfadaros.

ORESTES. — No. Habla.

EL PEDAGOGO. — Temía —es inútil haberse adiestrado desde temprano en la ironía escéptica, a veces a uno se le ocurren



ideas estúpidas—, en una palabra, me preguntaba si no meditarías echar a Egisto y ocupar su puesto.

ORESTES (*lentamente*). — ¿Echar a Egisto? (*Pausa.*) Puedes tranquilizarte, buen hombre, es demasiado tarde. No es que me falten ganas de coger por la barba a ese rufián de sacristía y arrancarlo del trono de mi padre. Pero, ¿qué? ¿Qué tengo que ver con esas gentes? No he visto nacer uno solo de sus hijos, ni he asistido a la boda de sus hijas, no comparto sus remordimientos, y no conozco uno solo de sus nombres. El barbudo dice bien: un rey debe tener los mismos recuerdos que sus súbditos. Dejémoslos, buen hombre. Vayámonos. De puntillas. ¡Ah! Si hubiera un acto, mira, un acto que me diera derecho de ciudadanía entre ellos; si pudiera apoderarme, aun a costa de un criir, de sus memorias, de su terror y de sus esperanzas para colmar el vacío de mi corazón, aunque tuviera que matar a mi propia madre.

EL PEDAGOGO. — ¡Señor!

ORESTES. — Sí. Son sueños. Partamos. Mira si pueden proporcionarnos caballos y seguiremos hasta Esparta donde tengo amigos.

(*Entra ELECTRA.*)

### Escena III

LOS MISMOS - ELECTRA

ELECTRA (*que lleva un cajón, se acerca sin verlos a la estatua de Júpiter*). — ¡Basural! Puedes mirarme, sí, con esos ojos redondos en la cara embadurnada de jugo de frambuesa; no me asustas. Dime, vinieron esta mañana las santas mujeres, los cascajos de vestido negro. Hicieron crujir sus zapatores a tu alrededor. Estabas contento, ¿eh, cuco?, te gustan las viejas; cuanto más se parecen a los muertos más te gustan. Desparramaron a tus pies sus vinos más preciosos porque es tu fiesta; y de sus faldas subían a tu nariz tufos enmohecidos; todavía halaga tu nariz ese perfume deleitable. (*Frotándose contra él.*) Bueno, ahora huéleme, huele mi olor a carne fresca. Yo soy joven, estoy viva, esto ha de horro-

rizarte. También yo vengo a hacerte ofrendas mientras toda la ciudad reza. Mira: aquí tienes mondaduras y toda la ceniza del hogar, y viejos restos de carne bullentes de gusanos, y un pedazo de pan sucio que no han querido nuestros cerdos; a tus moscas les gustarán. Feliz fiesta, anda, feliz fiesta, y esperemos que sea la última. No soy muy fuerte y no puedo tirarte al suelo. Puedo escupirte, es todo lo que soy capaz de hacer. Pero vendrá el que espero, con su gran espada. Te mirará regodeándose, con las manos en las caderas y echado hacia atrás. Y luego sacará el sable y te hendirá de arriba abajo, ¡así! Entonces las dos mitades de Júpiter rodarán, una a la izquierda, la otra a la derecha, y todo el mundo verá que es de madera blanca. Es de madera toda blanca, el dios de los muertos. El horror y la sangre del rostro y el verde oscuro de los ojos no son sino un barniz, ¿verdad? Tú sabes que eres todo blanco por dentro, blanco como el cuerpo de un nene; sabes que un sablazo te abrirá en seco y que ni siquiera podrás sangrar. ¡Madera blanca! Buena madera blanca: arde bien. (*Ve a ORESTES.*) ¡Ah!

ORESTES. — No tengas miedo.

ELECTRA. — No tengo miedo. Absolutamente ninguno. ¿Quién eres?

ORESTES. — Un extranjero.

ELECTRA. — Sé bienvenido. Todo lo extraño a esta ciudad me es caro. ¿Cuál es tu nombre?

ORESTES. — Me llamo Filebo y soy de Corinto.

ELECTRA. — ¿Eh? ¿De Corinto? A mí me llaman Electra.

ORESTES. — Electra. (*Al PEDAGOGO.*) Déjanos.

(*El PEDAGOGO sale.*)

### Escena IV

ORESTES - ELECTRA

ELECTRA. — ¿Por qué me miras así?

ORESTES. — Eres bella. No te pareces a las gentes de aquí.

ELECTRA. — ¿Bella? ¿Estás seguro de que soy bella? ¿Tan bella como las hijas de Corinto?



ORESTES. — Sí.

ELECTRA. — Aquí no me lo dicen. No quieren que lo sepa.

Además, ¿De qué me sirve si no soy más que una sirvienta?

ORESTES. — ¿Sirvienta, tú?

ELECTRA. — La última de las sirvientas. Lavo la ropa del rey y de la reina. Es una ropa muy sucia y llena de porquerías. Toda la ropa interior, las camisas que han envuelto sus cuerpos podridos, las que se pone Clitemnestra cuando el rey comparte su lecho; tengo que lavar todo eso. Cierro los ojos y froto con todas mis fuerzas. También lavo la vajilla. ¿No me crees? Mira mis manos. Hay grietas y rajaduras. ¿eh? Qué ojos raros pones. ¿Por casualidad parecen manos de princesa?...

ORESTES. — Pobres manos. No. No parecen manos de princesa. Pero sigue. ¿Qué más te obligan a hacer?

ELECTRA. — Bueno, todas las mañanas debo vaciar el cajón de basuras. Lo arrastro fuera del palacio y luego... Ya has visto lo que hago con las basuras. Este monigote de madera es Júpiter, dios de la muerte y de las moscas. El otro día, el Gran Sacerdote, que venía a hacerle genuflexiones, pisó troncos de coles y nabos, conchas y almejas. Creyó perder el sentido. Dime, ¿me denunciarás?

ORESTES. — No.

ELECTRA. — Denúnciame si quieres, tanto me da. ¿Qué más pueden hacerme? ¿Pegarme? Ya me han pegado. ¿Encerrarme en una gran torre, muy arriba? No sería una mala idea, no les vería más la cara. Imagínate que a la noche, cuando he terminado mi trabajo, me recompensan; tengo que acercarme a una mujer alta y gorda, de pelo teñido. Tiene labios gruesos y manos muy blancas, manos de reina, que huelen a miel. Apoya sus manos en mis hombros, pega sus labios a mi frente, dice: "Buenas noches, Electra." Todas las noches. Todas las noches siento vivir contra mi piel esa carne caliente y ávida. Pero yo resisto, nunca he caído. Es mi madre. ¿Comprendes? Si estuviera en la torre, no me besaría más.

ORESTES. — ¿Nunca has pensado en escaparte?

ELECTRA. — Me falta valor; tendría miedo, sola en los caminos.

ORESTES. — ¿No tienes una amiga que pueda acompañarte?

ELECTRA. — No, sólo cuento conmigo. Soy la sarna, la peste: las gentes de aquí te lo dirán. No tengo amigas.

ORESTES. — ¡Cómo! ¿Ni siquiera una nodriza, una vieja que te haya visto nacer y te quiera un poco?

ELECTRA. — Ni eso. Pregúntale a mi madre: desalentaba a los corazones más tiernos.

ORESTES. — ¿Y te quedarás aquí toda la vida?

ELECTRA (en un grito). — ¡Ah! ¡Toda la vida, no! No; escucha: espero algo.

ORESTES. — ¿Algo o alguien?

ELECTRA. — No te lo diré. Habla tú, mejor. Tú también eres hermoso. ¿Te quedarás mucho tiempo?

ORESTES. — Debía marcharme hoy mismo. Pero ahora...

ELECTRA. — ¿Ahora?

ORESTES. — Ya no sé.

ELECTRA. — ¿Corinto es una hermosa ciudad?

ORESTES. — Muy hermosa.

ELECTRA. — ¿La quieres mucho? ¿Estás orgulloso de ella?

ORESTES. — Sí.

ELECTRA. — A mí me parecería raro estar orgullosa de mi ciudad natal. Explicámelo.

ORESTES. — Bueno... No sé. No puedo explicártelo.

ELECTRA. — ¿No puedes? (Pausa.) ¿Es cierto que hay plazas sombreadas en Corinto? ¿Plazas donde la gente se pasea al crepúsculo?

ORESTES. — Es cierto.

ELECTRA. — ¿Y todo el mundo sale? ¿Todo el mundo pasea?

ORESTES. — Todo el mundo.

ELECTRA. — ¿Los muchachos con las muchachas?

ORESTES. — Los muchachos con las muchachas.

ELECTRA. — ¿Y siempre tienen algo que decirse? ¿Y están contentos unos con otros? ¿Y a horas avanzadas de la noche se los oye reír juntos?

ORESTES. — Sí.

ELECTRA. — ¿Te parezco boba? Es que me cuesta tanto imaginar paseos, cantos, sonrisas. A las gentes de aquí las roe el miedo. Y a mí...

ORESTES. — ¿A ti?

ELECTRA. — El odio. ¿Y qué hacen todo el día las muchachas de Corinto?

ORESTES. — Se adornan, y cantan o tocan el laúd, y visitan a sus amigas y a la noche van a bailar.



ELECTRA. — ¿Y no tienen ninguna preocupación?

ORESTES. — Las tienen muy pequeñas.

ELECTRA. — ¿Sí? Escúchame: ¿Las gentes de Corinto no tienen remordimientos?

ORESTES. — A veces. No muchos.

ELECTRA. — Entonces, ¿hacen lo que quieren y después no lo piensan más?

ORESTES. — Así es.

ELECTRA. — Qué raro. (Pausa.) Y dime también, porque necesito saberlo a causa de alguien... de alguien a quien espero: supón que un mozo de Corinto, uno de esos mozos que ríen a la noche con las mujeres, encuentra al volver de un viaje, a su padre asesinado, a su madre en el lecho del asesino, y a su hermana en la esclavitud; ¿el mozo de Corinto se escaparía sin ruido, retrocedería haciendo reverencias a buscar consuelo junto a sus amigas? ¿O sacaría la espada y golpearía al asesino hasta hacerle estallar la cabeza? ¿No respondes?

ORESTES. — No lo sé.

ELECTRA. — ¿Cómo? ¿No lo sabes?

Voz de CLITEMNESTRA. — ¡Electra!

ELECTRA. — Sh... sh...

ORESTES. — ¿Qué hay?

ELECTRA. — Es mi madre, la reina Clitemnestra.

## Escena V

ORESTES - ELECTRA - CLITEMNESTRA

ELECTRA. — ¿Qué, Filebo? ¿Te da miedo?

ORESTES. — Esa cabeza... cien veces intenté imaginarla y había acabado por verla, fatigada y blanda bajo el brillo de los afeites. Pero no me esperaba esos ojos muertos.

CLITEMNESTRA. — Electra, el rey te ordena que te prepares para la ceremonia. Te pondrás el vestido negro y las joyas. Bueno, ¿qué significan esos ojos bajos? Aprietas los codos contra las caderas delgadas; tu cuerpo te estorba... Muchas veces estás así en mi presencia; pero ya no me dejaré engañar por esas monerías; hace un rato, por la ventana, vi

otra Electra de ademanes amplios, de ojos llenos de fuego... ¿Me mirarás a la cara? ¿Me responderás, al fin?

ELECTRA. — ¿Necesitáis una fregona para realzar el esplendor de vuestra fiesta?

CLITEMNESTRA. — Nada de comedia. Eres princesa, Electra, y el pueblo te aguarda, como todos los años.

ELECTRA. — ¿Soy princesa, de veras? ¿Y lo recordáis una vez al año, cuando el pueblo reclama un cuadro de vuestra vida de familia para su edificación? ¡Linda princesa, que lava la vajilla y guarda los cerdos! ¿Egisto rodeará mis hombros con su brazo, como el año pasado, y sonreirá junto a mi mejilla, murmurando a mi oído palabras de amenaza?

CLITEMNESTRA. — De ti depende que sea de otro modo.

ELECTRA. — Sí, si me dejas infectar por vuestros remordimientos y si imploro el perdón de los dioses por un crimen que no he cometido. Sí, si beso las manos de Egisto llamándolo padre. ¡Puah! Tiene sangre seca bajo las uñas.

CLITEMNESTRA. — Haz lo que quieras. Hace mucho he renunciado a darte órdenes en mi nombre. Te transmití las del rey.

ELECTRA. — ¿Qué me importan las órdenes de Egisto? Es vuestro marido, madre, vuestro muy caro marido, no el mío.

CLITEMNESTRA. — No tengo nada que decirte, Electra. Veo que buscas tu perdición y la nuestra. Pero ¿cómo había de aconsejarte yo, que arruiné mi vida en una sola mañana? Me odias, hija mía, pero lo que más me inquieta es que te pareces a mí; yo he tenido ese rostro puntiagudo, esa sangre inquieta, esos ojos socarrones, ¡y no salió nada bueno!

ELECTRA. — ¡No quiero parecerme a vos! Díme, Filebo, tú que nos ves a las dos, una junto a la otra, no es cierto, ¿verdad?, no me parezco a ella.

ORESTES. — ¿Qué decir? Su rostro se asemeja a un campo devastado por el rayo y el granizo. Pero hay en el tuyo algo como una promesa de tormenta: un día la pasión lo quemará hasta los huesos.

ELECTRA. — ¿Una promesa de tormenta? Sea. Acepto ese parecido. Ojalá digas la verdad.

CLITEMNESTRA. — ¿Y tú? Tú que miras así a las gentes, ¿quién eres? Déjame mirarte a mi vez. ¿Y qué haces aquí?



ELECTRA (*vivamente*). — Es un corintio llamado Filebo. Anda de viaje.

CLITEMNESTRA. — ¿Filebo? ¡Ah!

ELECTRA. — ¿Parecías temer otro nombre?

CLITEMNESTRA. — ¿Temer? Si he ganado algo al perderme, es que ahora ya no puedo temer nada. Acércate, extranjero, sé bienvenido. ¡Qué joven eres! ¿Qué edad tienes?

ORESTES. — Dieciocho años.

CLITEMNESTRA. — ¿Tus padres viven todavía?

ORESTES. — Mi padre ha muerto.

CLITEMNESTRA. — ¿Y tu madre? Ha de tener mi edad, más o menos. ¿No dices nada? Sin duda te parece más joven que yo; puede reír y cantar aún en tu compañía. ¿La quieres? ¡Pero responde! ¿Por qué la has abandonado?

ORESTES. — Voy a Esparta a alistarme en las tropas mercenarias.

CLITEMNESTRA. — Los viajeros hacen de ordinario un rodeo de veinte leguas para evitar nuestra ciudad. ¿No te avisaron? Las gentes de la llanura nos han puesto en cuarentena; miran nuestro arrepentimiento como una peste, y tienen miedo de contaminarse.

ORESTES. — Lo sé.

CLITEMNESTRA. — ¿Te han dicho que un crimen inexplicable, cometido hace quince años, nos aplasta?

ORESTES. — Me lo han dicho.

CLITEMNESTRA. — ¿Qué la reina Clitemnestra es la más culpable? ¿Que su nombre es maldito entre todos?

ORESTES. — Me lo han dicho.

CLITEMNESTRA. — ¿Y sin embargo viniste? Extranjero, yo soy la reina Clitemnestra.

ELECTRA. — No te enternezcas, Filebo; la reina se divierte con nuestro juego nacional: el juego de las confesiones públicas. Aquí cada uno grita sus pecados a la cara de todos; y no es raro, en los días feriados, ver a algún comerciante que después de bajar la cortina metálica de su tienda, se arrastre de rodillas por las calles, frotando el pelo en el polvo y aullando que es un asesino, un adúltero o un prevaricador. Pero las gentes de Argos comienzan a hastiarse: cada uno conoce de memoria los crímenes de los otros; los de la reina en particular no divierten ya a nadie; son crímenes oficiales,

crímenes de fundación, por así decirlo. Dejo que pienses en su alegría cuando te vio, joven, nuevo, ignorante hasta de su nombre: ¡qué ocasión excepcional! Le parece que se confiesa por primera vez.

CLITEMNESTRA. — Calla. Cualquiera puede escupirme a la cara, llamándome criminal y prostituida. Pero nadie tiene el derecho de juzgar mis remordimientos.

ELECTRA. — Ya ves, Filebo; es la regla del juego. Las gentes te implorarán que las condenes. Pero mucho cuidado; júzgalas sólo por las faltas que te confiesan: las otras no interesan a nadie, y te tendrían mala voluntad si las descubrieras.

CLITEMNESTRA. — Hace quince años yo era la mujer más bella de Grecia. Mira mi cara y juzga lo que he padecido. Te lo digo sin tapujos: no lamento la muerte del viejo cabrón; cuando lo vi sangrar en el baño canté de alegría, bailé. Y todavía hoy, después de pasados quince años, no puedo pensarlo sin un estremecimiento de placer. Pero tenía un hijo, sería de tu edad. Cuando Egisto lo entregó a los mercenarios, yo...

ELECTRA. — También tenías una hija, madre, me parece. Habéis hecho de ella una fregona. Pero esta falta no os atormenta mucho.

CLITEMNESTRA. — Eres joven, Electra. Le es fácil condenar a quien es joven y no ha tenido tiempo de hacer daño. Pero paciencia: un día, arrastrarás tras de ti un crimen irreparable. A cada paso crearás alejarte de él, y sin embargo seguirá siendo siempre igualmente gravoso llevarlo. Te volverás y lo verás a tus espaldas, fuera de alcance, sombrío y puro como un cristal negro. Y ni siquiera lo comprenderás ya; dirás: "No soy yo, no soy yo quien lo ha cometido." Sin embargo, estará allí, cien veces renegado, siempre allí tirándose hacia atrás. Y sabrás por fin que has comprometido tu vida sin más ni más, de una vez por todas, y que lo único que te queda es arrastrar tu crimen hasta la muerte. Tal es la ley, justa e injusta, del arrepentimiento. Veremos entonces qué quedará de tu juvenil orgullo.

ELECTRA. — ¿Mi juvenil orgullo? Vamos, lamentáis vuestra juventud aún más que vuestro crimen; odiáis mi juventud, más aún que mi inocencia.



CLITEMNESTRA. — En ti, Electra, me odio a mí misma. No tu juventud, ¡oh, no!, la mía.

ELECTRA. — Y yo a vos, a vos os odio.

CLITEMNESTRA. — ¡Qué vergüenza! Nos injuriamos como dos mujeres de la misma edad que se enfrentan por una rivalidad amorosa. Y sin embargo soy tu madre. No sé quién eres, joven, ni lo que vienes a hacer entre nosotros; pero tu presencia es nefasta. Electra me detesta y no lo ignoro. Pero hemos guardado silencio durante quince años, y sólo nuestras miradas nos traicionaban. Viniste, nos hablaste, y ya estamos mostrando los dientes y gruñendo como perras. Las leyes de la ciudad nos obligan a ofrecerte hospitalidad, pero no te lo oculto, deseo que te vayas. En cuanto a ti, hija, imagen harto fiel de mí misma, no te quiero, es cierto. Pero me cortaría la mano derecha antes de perjudicarte. Lo sabes demasiado, abusas de mi debilidad. Pero no te aconsejo que levantes contra Egisto tu cabecita venenosa; de un palazo sabe deslomar a las víboras. Créeme, haz lo que él te ordena, si no te deslomará.

ELECTRA. — Podéis responder al rey que no apareceré en la fiesta. ¿Sabes lo que hacen, Filebo? Hay en lo alto de la ciudad una caverna cuyo fondo jamás han encontrado nuestros jóvenes; dicen que se comunica con los infiernos; el Gran Sacerdote la ha hecho obstruir con una gran piedra. Pues bien, ¿lo creerás?, cada aniversario el pueblo se reúne delante de la caverna, los soldados empujan a un lado la piedra que tapa la entrada, y nuestros muertos, según dicen, suben de los infiernos y se desparraman por la ciudad. Se les ponen cubiertos en las mesas, se les ofrecen sillas y lechos, todos se apretujan un poco para dejarles lugar en la velada, corren por todas partes, todos los pensamientos son para ellos. Ya adivinas las lamentaciones de los vivos: "Mi querido muerto, mi querido muerto, no quise ofenderte, perdóname." Mañana por la mañana, al canto del gallo, volverán bajo tierra, la piedra rodará hasta la entrada de la gruta, y se acabó hasta el año próximo. No quiero participar en esas mojigangas. Son los muertos de ellos, no los míos.

CLITEMNESTRA. — Si no obedeces de buen grado, el rey ha dado orden de que te lleven por fuerza.

ELECTRA. — ¿Por fuerza?... ¡Ah! ¡Ah! Por fuerza. Está bien. Mi buena madre, si gustáis, asegurad al rey mi obediencia.

Me presentaré en la fiesta, y puesto que el pueblo quiere verme, no quedará decepcionado. En cuanto a ti, Filebo, te lo ruego, difiere tu partida, asiste a nuestra fiesta. Quizá encuentres ocasión de risa. Hasta luego, voy a arreglarme. (Sale.)

CLITEMNESTRA (a ORESTES). — Vete. Estoy segura de que nos traerás desgracia. No puedes odiarnos, no te hemos hecho nada. Vete. Te lo suplico por tu madre, vete. (Sale.)

ORESTES. — Por mi madre...

(Entra JÚPITER.)

## Escena VI

ORESTES. — JÚPITER

JÚPITER. — Vuestro criado me dice que os vais. En vano busca caballos por toda la ciudad. Pero yo podré conseguirlos dos jumentos enjaezados a buen precio.

ORESTES. — Ya no me marchó.

JÚPITER (lentamente). — ¿Ya no os marcháis? (Pausa. Vivamente.) Entonces no os dejo, sois mi huésped. Al pie de la ciudad hay una posada bastante buena donde nos alojaremos juntos. No lamentaréis haberme escogido por compañero. En primer lugar —abraxas, galla, galla, tse, tse—, os libro de las moscas. Y además, un hombre de mi edad suele dar buenos consejos: podría ser vuestro padre, me contaréis vuestra historia. Venid, joven, dejaos estar: encuentros como éstos son a veces más provechosos de lo que se cree al principio. Ved el ejemplo de Telémaco, el hijo del rey Ulises. Como sabéis, un buen día encontró a un anciano caballero llamado Mentor, que se unió a sus destinos y lo siguió por todas partes. Bueno, ¿sabéis quién era el tal Mentor?

Lo lleva hablando y cae el

TELÓN